

WM. PAUL
YOUNG

Eva

DIANA



1

EL DESCUBRIMIENTO

Atrapado en la marea de las calladas oraciones matutinas y del simple asombro, John el Recolector descansaba contra un árbol, con los dedos de los pies enroscados y hundidos en la frescura de la arena. Ante él, un ondulante mar se extendía hasta desaparecer y fusionarse con un claro y brillante cielo azul.

La fragancia salobre del mar se perdía entre los aromas del eucalipto, la mirra y las flores de hagenia. John sonrió. ¡Éstos eran siempre su primer abrazo! Resistiéndose al impulso de ponerse de pie, se hizo a un lado, inclinó la cabeza y respiró profundamente. Había pasado un buen rato desde la última vez que lo visitó.

La mujer de huesos delgados, alta y con la piel negra como el ébano aceptó su muda invitación y se acomodó a su lado, acariciando los grises cabellos de su nuca con la ternura que muestra una madre hacia su hijo. Este feliz contacto le causó una sensación pacífica de cosquilleo que recorrió sus hombros y su espalda, liberándolos del peso que, sin saberlo, venía cargando.

Pudo haberse quedado así por algún tiempo, pero esas visitas siempre tenían un propósito. Aun así, contuvo su creciente curiosidad, prefiriendo la dulce felicidad de su compañía.

A regañadientes, se obligó a hablar.

—¿Madre Eva?

—¿John?

Sin mirarla, supo que sonreía. Antigua y poderosa, la mujer irradiaba la dicha contagiosa de un niño. Con un brazo lo atrajo hacia ella y le besó la frente.

—Has estado en este sitio... —comenzó ella.

—Hoy hace cien años —terminó la frase por ella—. Si ésa es la razón de tu visita, estoy agradecido.

—Lo es en parte —respondió Eva—. En cualquier sitio, cien años son motivo de celebración.

John se levantó y se sacudió la arena, antes de ayudar a Eva a levantarse. Aceptó su mano con elegancia, aunque no la necesitaba. Su cabello blanco y grueso formaba una corona tejida alrededor de su cara, que incontables años habían cubierto de arrugas y pliegues hasta esculpir en ella una obra maestra de alegrías y penas. Su rostro resplandecía más como el de una niña que como el de una matriarca, y sus ojos cobrizos brillaban con expectación.

Las preguntas de John amenazaban con salir disparadas en todas direcciones, pero ella lo detuvo con una mano levantada.

—John, una buena pregunta vale mil respuestas —dijo en tono de broma—, elígela con cuidado.

Le tomó un momento formularla.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó él con tono sombrío—. ¿Cuánto debemos esperar antes del final, cuando haya concluido nuestra sanación? —Tomó una de las manos de Eva y se la llevó al corazón.

—Mucho más pronto que cuando me hiciste la misma pregunta por primera vez.

John suspiró profundamente y asintió, mirando la luz amarillenta que salpicaba sus ojos.

—Pero he venido a hablarte de hoy, John. Hoy mi hija nacerá en tu mundo.

El hombre frunció el ceño.

—¿Tu hija? Pero, madre Eva, ¿no es cierto que cada uno de nosotros es tu hija o tu hijo?

—Sí, lo son —declaró—, pero desde hace mucho tiempo hemos sabido que habría tres en particular que podrían presentar resistencia y que nos representarían a todos. Aquella a quien le fue dada la promesa de la semilla; la otra, cuya semilla aplastaría la cabeza de la serpiente; y la última, con quien la semilla se uniría para siempre. La Madre, la Hija y la Esposa. La llegada de esta niña señala el principio del final.

Estaba tan azorado que apenas se dio cuenta del momento en que Eva recogió una piedra y caminó a la orilla del agua. John la siguió, desorientado y abrumado. Eva lanzó la piedra, que se elevó muy alto en el aire, y ambos observaron cómo caía a gran velocidad y cruzaba la lisa y brillante superficie del mar, salpicando apenas unas gotas.

—John —dijo Eva—, en el océano del universo, una sola piedra y una sola ondulación lo cambian todo para siempre.

John dejó que las pequeñas olas tocaran sus pies y remolcaran la arena debajo de ellos. Estar al lado de Eva siempre era un bálsamo, aunque también era desconcertante.

Una voz aguda atravesó los aires.

—John, estás perdiendo el tiempo.

Volteó y una brisa del mar erizó el pelo de la parte posterior de su cabeza, mientras los perfumes de Eva acariciaban su rostro.

Letty había llegado y Eva se había ido. John suspiró.

—Los Hurgadores te han estado llamando desde hace más de una hora, y como tú eres el único Recolector en más de cien kilómetros a la redonda...

John regresó la vista al mar, seleccionó otra piedra lisa y la lanzó por el aire, para que planeara sobre la superficie del agua y entrara haciendo un sonido agradable. Siempre fue un

misterio para él por qué un éxito tan pequeño lo complacía tanto.

—¿Qué prisa tienen? —masculló mientras Letty llegaba a su lado. Recogió otra piedra.

Letty era una anciana diminuta de apenas noventa y un centímetros de estatura, con bastón y chal, que vestía calcetas desiguales, dobladas sobre zapatos también dispares. Tenía el aspecto de una manzana a la que han dejado por largo tiempo bajo el sol, todavía redonda pero marchita, con penetrantes ojos negros, nariz curva y una boca enfurruñada y sin dientes. Su bastón podría haberse confundido fácilmente con una especie de varita mágica y lo apuntaba directo a él.

Cuando se percató de la intensidad en su semblante, dejó caer la piedra sobre la arena.

—¿Letty?

La respuesta de la mujer fue mesurada.

—Esta mañana vieron un enorme *container* de metal flotando, lo jalaron a tierra y lo abrieron. Los Eruditos ya determinaron que viajó a la deriva desde la Tierra en tiempo real.

—Eso ha sucedido antes —sugirió John.

—Lo abrimos y encontramos los restos de doce seres humanos, todos de mujeres jóvenes, excepto uno.

—Jesús —murmuró John como ruego y al mismo tiempo como exclamación de sorpresa.

—Parece ser que utilizaban el *container* para transportar personas a grandes distancias, probablemente en un gran buque o barco. Como no había restos de ningún naufragio, suponemos que lo arrojaron a propósito, pero no antes de haber ejecutado a las chicas que están adentro. Si es posible que eso sea algún tipo de consuelo para una tragedia así... —Su voz vaciló con la emoción.

John le dio la espalda y se derrumbó en la arena, llevándose las rodillas hasta el mentón. El calor del día y la dulce brisa

parecían ahora una burla. La alegría de Eva se había ido junto con ella.

Sintió que la pequeña mano de Letty se posaba sobre sus hombros, mientras se esforzaba por combatir la creciente ira y la pena.

—John, no podemos permitir que el mal sombrío encuentre sitio dentro de nuestro corazón. Nos afligimos en este universo fracturado. Es justo que sintamos furia, pero no debemos permitir que eso nos aleje de los brazos de la dicha, que está más allá de nuestra comprensión. Sentir todo esto significa que estamos vivos.

John asintió.

—¿Dices que todos los humanos eran mujeres, excepto uno?

—Sí, también había un hombre de mediana edad. La idea inicial que compartimos es que tal vez haya intentado proteger a las jóvenes. Estoy segura de que hay una historia detrás, pero quizá tengamos que esperar largo tiempo para conocerla.

—No quiero ver...

—No te preocupes. Ya transportaron los cadáveres al Santuario de las Amarguras y los están preparando para la celebración del fuego de mañana. En este momento debes hacer lo que sólo tú puedes hacer... para que los Hurgadores puedan desmontar el *container* y los Artistas puedan encontrar alguna forma de honrar a estas preciosas niñas.

John cerró los ojos y volvió el rostro al cielo, deseando que no se hubiera interrumpido de modo tan insoportable su conversación con Eva.

—Vamos —instó Letty—, los otros esperan.

EL TAMAÑO DEL *CONTAINER* asombró a John. Con al menos diez metros de longitud, su enorme peso había requerido una docena de las bestias de los Transportadores para sacarlo del agua

rodando sobre una plataforma de troncos. En la playa arenosa de la caleta se veían enormes surcos detrás de la caja. En las tiendas había mesas donde se colocó el contenido en altas pilas: ropa, cobijas y unos cuantos animales de peluche. Ahí hacía más frío, como si el mismo sol hubiera alejado su cálido rostro para no ver esa escena.

De uno de sus bolsillos, John sacó un pequeño estuche, lo abrió y se puso un anillo en el dedo. Luego giró el borde para cambiar el sello. Cualquier cosa que tocara con ese anillo quedaría marcada con una fecha y después se la llevaría a su hogar, el Refugio, donde se almacenaría para su análisis y consulta posterior. De su otro bolsillo sacó un par de guantes delgados y se los puso.

El primer artículo que llamó su atención fue un archivero negro con tres cajones, cerrado con llave, y lo marcó. Se sentía helado. Llamó a una de las Artesanas, una mujer que tenía la habilidad para ocuparse de cerraduras y llaves, y a quien le tomó sólo unos segundos abrir el archivero para luego dejar que John revisara el contenido. Había lo que esperaba: archivos de registros e información, partidas de remesas y facturas de embarques, documentos de contabilidad y otros varios informes.

El último cajón contenía unas carpetas que documentaban la escasa información personal de las chicas, incluyendo una fotografía de frente de cada una de ellas. También incluían los datos de estatura, peso, edad y salud. Era obvio que sus nombres eran alias, ya que cada uno era un país terrenal que comenzaba según las letras en orden alfabético: Argelia, Bolivia, Canadá y el último era Líbano. Se detuvo un instante a observar las imágenes. Los rostros y ojos en las fotografías eran ventanas a doce historias que ameritaban el duelo apropiado.

John estaba a punto de cerrar el cajón y continuar con sus tareas, cuando una idea le cruzó la mente. Contó las carpetas. Eran doce, como había dicho Letty, pero algo estaba mal. La cifra de

Letty incluía al hombre. Contó de nuevo. Doce fotos, todas de chicas jóvenes. Eso quería decir que faltaba una de ellas. Tal vez había escapado, o los registros estaban equivocados, pero la discrepancia lo incomodaba y no podía pasarla por alto.

¿Se refería Eva a una de estas mujeres?

Por una corazonada, caminó unos metros hasta el *container*. Junto a la puerta fue alineada una fila de botas para los trabajadores, que eran el calzado de protección que después se limpiaría y desinfectaría con gran cuidado. Eligió un par de su medida.

Un Ingeniero lo saludó:

—Hola, John. Todo esto es una horrible tragedia.

Asintió mientras se ataba las botas.

—Quiero entrar un momento para revisar una cosa y compararla con estos registros. ¿Hay algo que deba saber?

—No, todavía hay algunos detalles por revisar, pero ya retiramos lo más importante.

John asintió con tristeza, reconociendo la gentileza del Ingeniero.

—También ya apagamos la unidad de refrigeración, pero sigue congelado ahí adentro. Probablemente se dañó y se quedó atascada en el ciclo de enfriamiento, que supongo es una bendición en estas circunstancias. Los cadáveres estaban casi congelados. Ten cuidado, porque está bastante resbaloso.

Las puertas se abrieron con facilidad, rechinando sobre sus goznes y permitiendo el paso de la luz. La iluminación interna parpadeó, indicando algún tipo de sistema cerrado de baterías independiente de la refrigeración. Al entrar, se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración, y cuando la dejó salir entre sus dientes apretados, lo envolvió el vapor que salía de su boca.

La bodega estaba aproximadamente a un tercio de su capacidad con artículos grandes —cajas, colchonetas, recipientes de

plástico— junto con desechos y trozos de basura, una mezcolanza que tendría que revisar en algún momento. Manchas de sangre congelada regadas por la tumba metálica cubrían las paredes y el piso; saltó cuidadosamente por encima de éstas, produciendo a cada paso un sonido que reverberaba en la quietud.

Al extremo pudo ver que el ventilador del refrigerador estaba detenido y en silencio, con una delgada capa de hielo que ya se había formado sobre las aspas. Una revisión rápida casi lo convenció de que no quedaba sitio donde pudiera estar oculta la chica faltante.

Pero una anomalía atrajo su vista. Al final, junto a la unidad de enfriamiento, había una estructura metálica soldada que sobresalía unos cincuenta centímetros de la pared. Con cuidado, caminó al fondo y la examinó de cerca. En la parte inferior había unas bisagras, y cuando recorrió con los dedos la parte superior, descubrió dos abrazaderas grandes. John supo que si las desprendía, se abriría por completo. ¿Era un área para dormir, como una litera, o quizás una mesa? ¿Sería para un guardia?

Dudó y luego se calentó las manos con su aliento y abrió las abrazaderas, que al soltarse emitieron un sonido hueco. Al bajar la plancha metálica, el helado acero le quemó las palmas y los dedos a través de los delgados guantes. Era pesada y tuvo que usar uno de sus hombros para bajarla hasta que las cadenas en cada extremo se extendieron en toda su longitud. Se detuvo, nivelada y firme, a unos sesenta centímetros del suelo. Ahí fue donde la encontró.

La adolescente estaba destrozada dentro de ese espacio. Alguien había forzado la lámina de metal para cerrarla, pero la niña no cabía dentro. Podría haberse pensado que dormía, con los brazos y las piernas en ángulos extraños y la cabeza doblada sobre su pecho, si no hubiera sido por las heridas y cortes de donde empezó a manar sangre cuando se soltó la presión. Uno

de sus pies estaba casi cercenado. Mientras la chica yacía ahí congelada, él se quedó viéndola, detenido en el tiempo.

John giró y caminó para salir, esta vez demasiado asqueado como para ocuparse de esquivar la sangre. Necesitaba traer a las personas capacitadas para lidiar con ese tipo de cosas.

—¡Encontré a otra chica! —gritó, desencadenando un frenesí de actividad que se extendió más allá del *container*. Ya afuera, se desató las botas y se las quitó, regresó a la tienda donde había marcado el archivero, se sentó y se reclinó sobre éste.

—Dios, ¿cómo es posible que nos sigas amando? —susurró. Se detuvo un momento y miró en dirección al *container*—. Por favor, concédele Tu paz.

Otra explosión de actividad y gritos le hicieron levantarse. Un compañero Transportador irrumpió en la tienda y lo abrazó.

—¡John! ¡La chica que encontraste está viva! ¡Apenas, pero está viva! —El hombre sonrió de oreja a oreja y lo abrazó de nuevo—. ¡Ahora eres un Descubridor, John! —gritó el Transportador al salir—. ¿Quién lo hubiera imaginado?

John dejó caer la cabeza entre sus manos, con una sensación de entumecimiento. Si ésta era la hija de Eva, qué nacimiento tan desdichado y doloroso, entre sangre y agua. ¿Qué de bueno podría venir de tanta maldad?



2

AL PRINCIPIO

Todo explotó dentro de ella. ¡Todo le dolía!
¿Por qué? Le fallaba la memoria.

Las imágenes se agolpaban unas con otras dentro de su cabeza. El resplandor de luces penetrantes le taladraba los ojos. Los sonidos estridentes —¡discordantes, ensordecedores, horripilantes!— despertaron su pánico. Su respiración era agitada y sonora, y rugía en sus oídos.

Otra descarga de insoportable luz, movimientos confusos, música... ¿de cuerdas? La mujer negra se transformó en un hombre moreno con corbata roja de moño. Tonterías inconexas. Tenía que despertar. Lo intentó, pero no pudo.

La cabeza le estallaba y parecía que dentro tuviera un huracán... olas monumentales la hundían y mantenían atrapada. Un jadeo... el golpe del agua... no podía respirar...

Cuando la oscuridad la envolvió, le dio la bienvenida como a una amiga.

La despertó otro rostro que se inclinaba sobre ella. Era una imagen borrosa. ¿Una voz? ¿Dónde estaba? ¿Quién era? No podía abrir los ojos, pero tampoco podía bloquear las imágenes. Le dolían los pulmones y el aire se sentía pesado, líquido. Esta vez la sombra tenía un borde. Se desplazó hacia dentro, devo-

rándola como una negra capa. Un destello de luz blanca se fue desvaneciendo hasta formar un punto y luego desapareció.

Intentó gritar: «¿Qué me está pasando?», pero no emitió sonido alguno.

Dentro de su cabeza, los recuerdos o sueños o alucinaciones, difusos e incomprensibles, se mezclaban en imágenes espantosas dignas de una casa del terror. Se encogió y trató de esconderse, de desaparecer. ¿Pero a dónde podría ir? Sus gritos se transformaron en sollozos.

Sintió que le ponían algo sobre la frente, un paño tibio. Un consuelo. Percibió un olor acre que no logró identificar; penetró dentro de ella, extendiéndose por su garganta hasta su estómago, y cubrió todo su cuerpo. El alivio la dominaba por completo. Sonidos ahogados y finalmente el silencio.

Se quedó dormida de nuevo.

CUANDO VOLVIÓ A DESPERTAR, escuchó una conversación en la difusa quietud de la noche.

—John —dijo una voz femenina, aguda y chillante—, esta joven es una anomalía. Los Sanadores están tratando de deducir sus orígenes, pero su código genético los tiene como locos. ¡Ninguno de nosotros ha visto nada parecido! ¡Es absurdo!

Un hombre respondió con voz tranquila y amable.

—Parece que Dios se divierte con lo imposible y absurdo.

La chica ordenó a sus párpados que se abrieran, pero se negaron a obedecerla. Un peso los obligaba a mantenerse cerrados y le agotaba el esfuerzo. «¿Por qué no me puedo mover?».

—Necesitarán tiempo adicional para desvelar este misterio —afirmó la mujer.

—Parece que tendremos mucho tiempo. Su recuperación no será rápida —suspiró John—. No sé mucho, Letty, pero de una cosa estoy seguro: esta niña se ha convertido en *mi* anomalía.

Letty rio.

—Escúchate hablar, tan protector y tierno.

La chica hizo otro esfuerzo. «¡Despierta! ¡Despierta!». El dolor se instaló alrededor de ella. Sintió que su cuerpo se inclinaba y se tensó ante la sensación de caída.

—A veces me sorprendes —rio John entre dientes—. ¿Por qué crees que me eligió a mí? ¿Por qué Eva me invitó a participar?

—¿Quizá porque fuiste un Testigo?

—¿Y eso qué tiene que ver con esta niña?

La mujer, llamada Letty, respondió tarareando una alegre tonada. La sensación de desequilibrio cesó abruptamente y su cuerpo pareció corregir su posición. Las voces se desvanecieron y ella flotó en una sensación pacífica.

«Hija», escuchó una voz que venía de la distancia. «Hija».

El aroma de especias y flores llenó el aire. Un toque ligero como el de una pluma le acarició el dorso de la mano. Era cálido, suave, tranquilizador.

«Hija mía».

«¿Qué hija?». Esta vez, cuando la chica quiso abrir sus ojos, se abrieron.

Había una mujer negra sentada junto a su cama. Era joven y vieja, majestuosa y común, tierna y fuerte. La mujer se inclinó, besó con dulzura la frente de la joven y sonrió.

La chica pudo reunir las fuerzas para emitir un susurro: «¿Quién eres?». Parecía que sólo fueran apropiados los murmullos, pero luego se preguntó si sólo había pensado en esa pregunta.

«Soy tu madre. Tú eres la Testigo. ¡Ven a ver!», susurró la mujer sin mover los labios. Los largos dedos de la visitante envolvieron sus muñecas y la levantaron como si no pesara nada ni nada la retuviera.

«¿Mi madre?». La palabra *madre* provocaba emociones amargas. Se sintió confundida. No quería ir a ninguna parte.

«Ven, hija mía. ¡Ven a ser Testigo de la Creación, de la perfección que sanará tu cuerpo maltrecho y tu alma destrozada!».

La niña luchó contra las amorosas manos que la sujetaban e intentó forzar aquellos dedos para zafarse, pero no cedían. El beso del aire contra sus mejillas le dio la sensación de estar elevándose, y ahora estaba colgando de esa mano. La visión de lo que yacía abajo le robó la respiración: era el cuerpo que acababa de abandonar; su cuerpo maltrecho, destrozado y cubierto de vendas. Estaba atrapado bajo una serie de correas, tubos y una red de alambres. Se escuchaba el ronroneo de una máquina entre las sombras.

Se quedó pasmada y por un instante todo se mantuvo en calma. Sostuvo la respiración y sintió náuseas.

Pensó: «¿Cuántas veces puedo morir?».

«No, no es la muerte», dijo la madre. «Es vida. Ven a ver. Te prometo que no te decepcionaré».

Y luego la mano la soltó, abandonándola.

Cerró firmemente los ojos para evadir el creciente pánico. Empezó a flotar en estado de ingravidez. Un calor externo la cubrió por completo y sintió que un líquido viscoso la envolvía y le provocaba agobio al mismo tiempo. Pero luego, esa sustancia entró por su boca y, al darse cuenta de que ese fango espeso penetraba en su cuerpo, la dominó el terror. Sus pulmones se llenaron de líquido y ella empezó a jadear.

Pero cuando sintió que no se estaba ahogando, poco a poco se relajó.

«¿Líquido respirable? ¡Eso es imposible! ¡Es una locura!».

Con los ojos bien abiertos pero sin ver nada, se dejó ir. Resistió el impulso de encontrar un punto fijo, un ancla de tiempo y lugar, un sitio donde aferrarse a algún recuerdo. Se sintió casi libre.

Surgió en ella una paz profunda, una sensación de que no iba a quedarse sola. Alguien sabía que estaba ahí, aunque fuera la mujer de piel del color del ébano que dijo ser su madre. «Ven», le había dicho. «Observa». Pero este universo estaba vacío, hueco y sin forma.

Ahora resintió la invitación. El engaño y el abandono le eran desagradablemente conocidos.

Flotó durante quizás un nanosegundo o tal vez un millón de años. No había forma de percibir la diferencia, como tampoco había nada que observar, nada que ver.

Luego escuchó una detonación y todo su cuerpo se encogió. Giró el cuello hacia el resplandor luminoso. Era una energía y una información instantáneas y continuas, que venían a gran velocidad hacia ella, dominándola. Era color. Era canto. Era alegría y fuego, sangre y agua. Era voz, una y muchas, que crecían y se catapultaban, uniéndose con el vacío.

El caos y la materia chocaron, lanzando chispas gozosas y potentes que crearon energía, espacio y tiempo; en la periferia, seres espirituales llenos de gracia aplaudían la exhibición y su júbilo brotaba de las palmas de sus manos como resplandecientes gotas de agua, relucientes cuentas de sudor, gemas iridiscentes. El efecto fue una cacofonía abrumadora de armonía que rodeaba una melodía central.

Se sintió mayor que una galaxia y menor que una partícula. Todo lo que la rodeaba, ese éxtasis de gozo, desgarró la sustancia de las cosas y luego la estructuró de nuevo. Se elevó una oleada de voces que la envolvieron en una fusión de aromas. El dulce incienso se convirtió en un canto de anhelos, en una danza coreografiada del ser y pertenecer. Alrededor y dentro de todo ello se propagó no Una, ni Dos, sino Tres Voces, que sin embargo eran Una sola. Una magnífica carcajada de estrepitoso afecto.

«La Gran Danza», declaró una voz.

«¿De la madre?», se preguntó.

«Éste es el grandioso Principio».

La joven giró en el líquido, buscando el origen de la voz. Se estiró para encontrar a la mujer y dudosa llamó:

—¿Madre?

—AH, AL FIN DESPERTASTE. Ya veo, cuando menos durante más de unos pocos segundos. Bienvenida a la tierra de los vivos y al Refugio.

La voz le resultaba familiar y supuso que era John. Era firme y completamente común, pero en comparación con lo que acababa de presenciar, esta «normalidad» era un poco decepcionante.

«¡Fabuloso!», pensó. «Morí una vez más y esto es el infierno, y hay un hombre aquí».

Intentó mover la cabeza hacia la voz y le escuchó gritar:

—¡No!

Demasiado tarde, el intenso dolor atenazó su cuello como si fuera un tornillo de banco. Una niebla empezó a oscurecer su visión desde los bordes y se conjuntó en el centro, hasta que se desmayó. Lo último que escuchó mientras el oscuro gris se cernía sobre ella fue esa voz común, que ahora le decía con exasperación:

—Y allá vas de nuevo...

EL ROCE DE ALGO suave se deslizó sobre su cara. Era un susurro.

«Lo que viste fue la confección de la matriz de la Creación. Lo que escuchaste fue la primera concepción. Ahora esperamos la llegada de un niño».

En un instante se reabrieron sus ojos y vio que el cosmos seguía desplegándose, vivo en su gozoso abandono y conmoción incesante.

«¿Quieres decir que éste es el principio del mundo?».

«La primera historia». Era una voz incorpórea que la rodeaba y estaba dentro de ella, que venía de todas partes y de ningún sitio en particular.

La chica observó con sentimientos encontrados. «¿Es el Big Bang?».

La única respuesta fue una carcajada. El sonido se transformó en una cuerda dorada que unía armonías y melodías visibles, que a su vez formaban los hilos de un tapiz entretejido con piedras preciosas y fuego, entrelazados con fe, esperanza y amor.

La matriz de la Creación fue creciendo y expandiéndose, se arqueaba; era potente y salvaje, sin trabas, al tiempo que era ordenada y precisa.

La joven se sentía embelesada e incómoda a la vez. Esperanzada y cínica. Atraída y repelida. Conocía esa historia, pero al mismo tiempo la desconocía.

¿O no?

Era hermosa y terrible. En esa magnífica exhibición apareció una diminuta esfera azul que giraba, frágil y desprotegida.

«¡Éste es el sitio donde el embarazo se consumará en agua, sangre y polvo! Ahí pronto nacerá el niño. Y tú serás Testigo, hija mía. Eres la Testigo de las Eras de los Principios».

Las palabras eran pesadas para sus oídos. Palabras ásperas, religiosas, que abrieron una herida en ella.

«No».

«Es para ti, hija mía. Un regalo para ti y para todos los hombres y mujeres nacidos bajo esta nueva luz».

—No —dijo en voz alta. La palabra salió disparada como un dardo envenenado hacia toda esa belleza—. No soy Testigo. Y no quiero serlo.

El universo lanzó un destello.



UNA MELODÍA DIFERENTE, UN zumbido y un chasquido de fondo la hicieron despertar en su cama. El contraste entre esos ruidos insignificantes y las asombrosas armonías de la música de la Creación era más que decepcionante. Era como si una cascada extraordinaria y rugiente se interrumpiera en un momento, convirtiéndose en un molesto goteo sobre una poza estancada.

También se sintió aliviada.

Alguien canturreaba una canción que no reconocía, un cántico alegre sin palabras. La chica emitió una tos débil y la música se detuvo de pronto. Escuchó el sonido de pasos que se acercaban.

—Vamos a tratar de nuevo, ¿no es cierto? —Era la misma voz masculina de antes: John. En esta ocasión pudo verle el rostro a pesar de sus rasgos borrosos, como si estuviera viéndolo a través del agua desde una gran profundidad. Era un hombre de piel cobriza, con una barba corta y cejas pobladas, y con grises canas que le salpicaban la rala cabellera. Al moverse sintió náuseas, así que cerró los ojos.

En otro sitio de la habitación se reanudó el canturreo.

El hombre le secó amorosamente las lágrimas que escurrían por debajo de un vendaje que le cubría gran parte de la cara. Se retrajo ante el contacto e intentó oponerse. No podía mover las mandíbulas porque estaban retenidas dentro de una especie de jaula que le dejaba un marcado sabor metálico en la boca. Se esforzó por tragar y de nuevo casi la envolvió un pánico claustrofóbico.

—Muy bien, vamos a hacerlo poco a poco. —El tono de voz del hombre, que pretendía ser tranquilizador y reconfortante, sólo le produjo náuseas—. Supongo que estás muy confundida en este momento. Debes de tener un millón de preguntas. Si tú no las tienes, yo sí. Y no intentes hablar —añadió rápidamente—.

No serás capaz de hacerlo por el momento, pero me informan que podrás en poco tiempo.

»Si puedes entender lo que te estoy diciendo —continuó John—, por favor, abre los ojos y parpadea una vez para indicar *sí* y dos veces para *no*.

La chica parpadeó una vez.

—Ah, sólo para asegurarme, ése fue un parpadeo para *sí*, ¿correcto? ¿No fue alguna respuesta al azar ni es que yo haya elegido el momento equivocado? De nuevo, un parpadeo para *sí* y dos para *no*.

Un dejo de rabia la tentó a fingir que estaba inconsciente. Le irritaban el cautiverio y los comentarios del hombre. Aun así, obedeció.

Un parpadeo.

—Excelente —sonaba genuinamente complacido—. Muy bien. No debería seguir diciendo tonterías sólo para oír el sonido de mi propia voz. ¿Mmm?

Perpleja por un momento, decidió parpadear dos veces. ¿Le estaba preguntando algo?

—Lo siento —se disculpó—, es nuestro primer intento de conversación y debo esforzarme más. ¿Qué tal si te pregunto *sí* o *no* al final de cualquier pregunta real? ¿Eso te serviría? ¿*Sí* o *no*?

Un parpadeo.

—¡Bien! Entonces déjame comenzar con algunas presentaciones básicas. Me llamo John y estás recibiendo atención en mi casa, a la que casi todos conocen como el Refugio. Y también en este momento está con nosotros Letty, que es menudita y muy animada.

—Quiere decir que soy pequeña, mi vida —se escuchó una voz femenina estridente que venía de algún lugar a los pies de la cama. Se sintió reconfortada por la inesperada presencia de una mujer en la habitación.

—Soy más bajita y mayor que él, y eso le provoca envi-

dia —rio satisfecha—. Además, querida, en caso de que eso te preocupe, estás completamente vestida y cubierta, y somos varias las mujeres que hemos estado cuidándote. Aunque no hay nada que temer con John.

A través de su visión distorsionada, vio que el hombre sonreía hacia la fuente de la voz.

—Letty, si quieres puedo traer un banco para que te pares en él y ella pueda verte.

—Todavía no es necesario, John. Pasé por aquí para ver cómo estaba la niña que estás cuidando y hacerte saber que han llegado tres desconocidos a nuestra comunidad. Por su apariencia parecen ser Eruditos, aunque los vi desde lejos. Quieren hablar contigo y con ella, eso es todo. —Se reanudó el canturreo, lo cual confirmó que provenía de Letty.

El hombre volvió su atención hacia la chica.

—¿Sabes cómo te llamas, sí o no?

La joven parpadeó dos veces.

—¿No? Vaya, entonces debo suponer que tampoco sabes de dónde vienes o siquiera *cuándo* partiste de ahí. No es una pregunta, es una simple observación.

La chica cerró los ojos mostrando desinterés. Quería que John se fuera. Deseaba dormir.

—¿Tienes algún recuerdo de cómo llegaste aquí, sí o no?

Dos parpadeos.

Durante los siguientes quince minutos más o menos, le siguió haciendo preguntas. Pero la comunicación era totalmente unilateral y las incesantes demandas de respuesta se volvieron frustrantes y agotadoras.

No recordaba de dónde venía ni cuál era su familia. Sabía que era humana y mujer, preguntas que le parecieron extrañas.

Sí, tenía mucho dolor.

Eso era cierto —su cabeza retumbaba al ritmo de su pulso—, pero no, no podía mover los dedos de los pies ni los pies,

tampoco podía sentir cuando él los tocaba. Podía levantar las cejas, fruncir el ceño y parpadear, pero le parecía que ningún otro movimiento era posible.

Una vez más empezó a sentir que el pánico crecía y el ritmo de las punzadas en su cabeza aumentaba, pero de inmediato él le explicó la razón de su parálisis. Se le habían administrado hierbas y medicamentos especiales, porque su recuperación inicial requería inmovilizarla por completo. Esto alivió sus temores, aunque hizo surgir preguntas adicionales que no podía realizar.

Mientras el hombre seguía hablando, jugueteaba y golpeaba aquí y allá, ocupándose de cosas que ella sólo podía oír e imaginar. Finalmente, dejó de hacerle preguntas y empezó a darle información.

John explicó que era un Recolector y, como tal, reunía objetos que las corrientes costeras llevaban a las playas cubiertas de piedras cercanas a su casa. Ella había estado desde hacía meses en recuperación dentro del Refugio.

«Arrastrada por la corriente»: así es como la había descrito John. El agua la había llevado hasta las playas de una «isla» entre dos mundos, y era la víctima de lo que él catalogó como una tragedia, un suceso terrible y destructivo. Junto con ella habían llegado los restos de un naufragio: un revoltijo de metal, papel, juguetes y madera, utensilios y otros residuos de su civilización y tiempo. Todo se había guardado en cajas y se había colocado en un espacio de almacenamiento cercano. Cuando recuperara las fuerzas, podría revisar esas cosas.

—No tenía la intención de descubrirte —dijo John—. Después de todo, soy un simple Recolector, no un Descubridor.

Al parecer, los Descubridores siempre debían formar un lazo místico con aquello que encontraran. Por la forma en que se expresaba John acerca de ello, esa ley gobernaba en todo el universo.

A la joven no le agradó ese concepto. ¿Tener un lazo con un hombre? La ansiedad comenzó a despertarse dentro de su cuerpo como si fuera un lobo enfurecido.

Siguió con su explicación durante cerca de una hora y luego se deshizo en disculpas durante otro cuarto de hora porque su despotique hacía parecer como si la situación de la joven y la de él mismo fueran totalmente culpa de ella.

La chica pensó que era una infamia que le causaba un dolor tan cruel como sus heridas físicas.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que el sonsonete de sus palabras junto con el tranquilo zumbido de fondo la hicieran quedarse dormida. No podía captar lo que él decía, ni quería hacerlo. Se dejó llevar por la corriente con la esperanza de entrar en un oscuro estado de inconsciencia y de ausencia absoluta de expectativas.

Pero sus esperanzas fueron vanas.